

Beyond Gillette.

"The third blade is invisible.
It belongs to me."

FERDINANDO FREGA

NANDO THE SCRIBE

THE GILLETTE QUADRILOGY • VOLUME IV

NAPLES-POST.COM

MÁS ALLÁ DE GILLETTE

THE COMPANY · 12

El cuarto volumen de la Cuadrilogía Gillette: un mánager contratado para dirigir una empresa funeraria napolitana que acaba recetando maquinillas Gillette a los muertos, luego su propio funeral en ropa deportiva, un más allá con mostradores de registro y procedimientos de incorporación, los funerales de cinco multimillonarios observados como consultor y una última petición de renacer en Estados Unidos — con firma a la entrega.

COLOFÓN

Ferdinando Frega — Nando el Escriba — La Quinta Hoja

Pionero narrativo del Código de Comportamiento. Construyó un ecosistema editorial de un dólar en torno a una sola idea: las finanzas no tienen un problema de dinero. Tienen un problema de comportamiento.

Editado y curado dentro del ecosistema **ONEDOLLAR-STORIES**. Arquitectura digital: **NAPLES-POST** · **NOASPECTTIME** · **ONEDOLLAR-STORIES.** Publicado por primera vez en 2026. Compuesto en un diseño tipográfico limpio y moderno, optimizado para la lectura digital. Publicado en Estados Unidos.

AVISO DE DERECHOS DE AUTOR

© 2026 Ferdinando Frega. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, salvo en el caso de breves citas incluidas en reseñas críticas y de otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Queda prohibido el uso, la reproducción o la distribución no autorizados de esta obra.

NOTA EDITORIAL

Este es el cuarto y último volumen de la Cuadrilogía Gillette.

por Ferdinando Frega — Nando el Escriba.

La secuencia completa:

Volumen I — Tres hojas. Una Gillette. (2026) naples-post.com

Volumen II — Brand Narrative Gillette. (2026) naples-post.com

Volumen III — Gillette imposible. (2026) naples-post.com

Volumen IV — Más allá de Gillette. (2026) naples-post.com

Este volumen no cierra el relato. Quita el último muro.

ANTES DEL PRIMER CORTE

La mayoría de las personas se pasan la vida intentando ser aceptadas por sistemas que no construyeron. Sistemas corporativos. Sistemas editoriales. Sistemas sociales. Sistemas familiares.

Se adaptan. Negocian. Esperan el reconocimiento.

Yo nunca tuve esa paciencia.

Tres hojas dieron forma a mi vida.

La primera perteneció a un hombre que convirtió una idea descartada en uno de los nombres más reconocibles de la historia moderna: **King Camp Gillette**.

La segunda perteneció a mi padre — cuarenta años dentro de The Gillette Company — que me enseñó que la disciplina no grita; calibra.

La tercera es invisible. Me pertenece a mí. Atraviesa industrias, identidades, países, fracasos, éxito, escritura, silencio — y sistemas que todavía no saben dónde colocarme.

Este libro no es una celebración del éxito. No es un libro de memorias. No es un manual de negocios. No es literatura en busca de aprobación.

Es el registro de lo que ocurre cuando un hombre deja de preguntarse a dónde pertenece y empieza a construir estructuras que obligan a la realidad a reconocerlo.

Algunos nombres venden productos. Algunos nombres desaparecen. Algunos nombres dejan marcas mucho después de que la mano ya no esté.

Esta es la historia de tres hojas. Y de por qué un solo nombre nunca fue suficiente.

EL TRABAJO

El trabajo nunca me asustó, nunca me hizo infeliz. Solía bromear con los que sufrían: *«Si tienes ganas de trabajar, salta sobre mí»*. Una forma de exorcizar su desdicha y de mostrarles que, para mí, el trabajo no era más que entretenimiento pagado.

Me miraban y no entendían. Yo siempre sonreía, siempre estaba contento, incluso cuando, sobre el papel, trabajaba veinte horas al día. El cansancio era un lujo que todavía no me había alcanzado.

Con el tiempo entendí por qué: un abuelo que era minero, un padre que vendía sin detenerse nunca, y yo — el producto de sus genes. No podía haber salido de otra manera.

En mis expresiones de cada día, extrovertidas y en voz alta, proclamaba que trabajaba para la mejor empresa del mundo. La gente no lo entendía, y yo no sabía explicarlo. El dinero era solo la consecuencia de una actuación diaria entre el teatro y los problemas — el primero te hacía pensar, los segundos te obligaban a resolver.

Así que recorrí el mundo, más de sesenta y cinco países. Mi vida de consultor y asesor llenaba cada hora, salvo la noche. Hasta que un día mi hija me pidió que volviera a casa, a Italia.

¿Cómo iba a decirle que no? Era 2020. En cuanto puse un pie dentro de la casa, sonó el teléfono — prefijo de Milán. Una voz de mujer: *«Soy la doctora Musolino, de MERCURY URVAL. Tenemos su currículum. Un cliente nuestro busca un perfil como el suyo. ¿Cuál es su disponibilidad?»*

«Disculpe», dije, «acabo de volver de Sudamérica y no estoy seguro de haber entendido cuál es su trabajo».

Ella se rio, brillante, aguda, y pasó al español: *«Yo busco la cabeza por un trabajo. ¿Entiende?»* Le respondí: *«Claro que sí»*. Los dos nos reímos.

«¿Cuándo podemos hacer una videollamada?» «Prográmela en Zoom y envíeme el enlace. Soy puntual. Soy serio». «Sabemos que es serio. Usted es el hijo del Grupo Gillette. Colaboramos con ellos

durante años. Pero usted nunca pasó por nosotros». «No sabía que trabajaban allí. Buena ocasión para conocerla ahora. Pase lo que pase, será un éxito».

Colgué. Mi hija tenía el ceño fruncido. «¿Qué pasa?» «Papá, estás casado. ¿Acabas de entrar y ya estás hablando con otra mujer?» «Giorgia», le dije, «el pecado no ocurre cuando hablas. Solo cuando te acuestas».

Nos reímos.

LA VIDEOLLAMADA

Me presenté bien vestido: afeitado, limpio, reloj, camisa azul claro, corbata azul… y debajo, solo calzoncillos. Mi esposa había llevado mis pantalones a algún rincón de la casa y yo no podía abrir la maleta para sacar otros.

Hacía calor. Sinceramente, no estaba preocupado. Estaba convencido de que ella nunca vería por debajo de mi cintura. Al menos, eso era lo que pensaba.

Empezó la llamada. Ella me explicó la empresa: una multinacional napolitana que operaba en toda Europa, tres sucursales, 176 vehículos, casi 120 empleados. Necesitaban un mánager para dirigir el canal de merchandising y la fuerza de ventas.

Encajaba con mis capacidades. Pero cuando le pregunté en qué sector estaban, se rio.

«¿Podemos llamarnos por el nombre?» «Claro». «Yo soy Marta». «Yo soy Nando».

«Son líderes del mercado en el negocio funerario. Su eslogan es: *‘Si te mueres, tu valor de gasto aumenta’*».

No me inmuté. Necesitaba entender qué tenían que ver los encargados de merchandising con los muertos.

El verdadero trabajo se resumía así: **responsable de la disposición visual de la exposición post mortem.**

No lo entendí. «Perdona, ¿qué tengo que hacer?» «Coordinas al personal que coloca a los muertos en los ataúdes, los viste, los limpia y se asegura de que estén presentables para la familia».

«Y lo interesante es el dinero», añadió. «Si aceptas, el primer mes son 12.500 € más gastos. Sin contrato. Solo recibo».

«¿Por qué sin factura?» «Buena pregunta. Eliminaron esa palabra de su vocabulario. La mayoría de los difuntos, según sus familias, fueron víctimas de *'fatture'* — maleficios, no impuestos. Así que, por favor, no menciones las facturas».

«¿Lugar de trabajo?» «Tú eliges: Nápoles, Barcelona, Londres. Puedes empezar dentro de tres días».

Pensé: he dirigido a los vivos toda mi vida. ¿Tan difíciles pueden ser los muertos?

Nos despedimos. Le dije que iría a Nápoles. Ella me enviaría los detalles por correo electrónico. No tenía que pagarle nada.

«¿Por qué no?» «Hoy invito yo. La próxima vez que estés en Milán, invítame a cenar. Aunque esté casada, por una noche me liberaré por completo para ti».

Me levanté, pensando que la llamada había terminado. Ella seguía conectada. Me vio en calzoncillos.

Estalló en carcajadas. «Espero que no pienses trabajar así. No están preparados para pagarte tanto — ni para ver a un mánager en ropa interior».

LA ENTREGA

Llegué a la Estación Central de Nápoles. Un hombre con chaqueta negra y gorra sostenía un cartel: **sg. FREGA MAN… AGER.**

¿Dónde estoy?

Me saludó. «Primero tenemos que hacer una entrega, luego vamos a la sede».

Subimos a un Mercedes 300 CDI — versión funeraria. Mi maleta de ruedas se quedó delante. No había espacio atrás: allí iba el ataúd. Nuestra entrega del día.

Nos detuvimos en la residencia del difunto. Una mujer dijo: «No, el muerto no está aquí a esta hora. Lo encontrarán en el número 38. Este es el doce».

No era Cinecittà. Los Barrios Españoles. Pobreza, delincuencia, ironía, supervivencia.

Me eché a reír. Sabía que esta sería una experiencia única. Imposible contárselo a la gente — nunca me creerían.

En la dirección correcta, antes de descargar el ataúd, el conductor preguntó: «¿Está aquí el muerto?» La mujer respondió: «La fiesta es aquí».

«Pero antes de descargar, necesito saber si pagaron el ataúd», añadió.

Él llamó a la empresa. Confirmado. Un ataúd de *clase reverse*.

Yo no entendía. En el coche le pregunté a Paolo, el conductor: «¿Qué significa reverse?»

Me miró. «Es como los portátiles reacondicionados. Un ataúd restaurado. Un año de garantía. Lo recogimos de otro almacén

funerario, lo limpiamos, le cambiamos el forro, lo desinfectamos y lo volvimos a poner en el mercado».

«¿Y la ventaja?» «La familia paga la mitad del precio. Ahorran. En Nápoles, a estas cosas les dan importancia».

LA SEDE

Una casa al borde de la carretera, con un campo enorme alrededor. Dos almacenes al lado. Todas las tardes, el mismo camión, el mismo conductor, a la misma hora, entregaba ataúdes vacíos. Me hizo pensar — pero no preocuparme.

Revisé una etiqueta: *Made in Austria*. Falsa. Origen real: a doce kilómetros, **SECONDIGLIANO.**

Maurizio, el dueño, me llevó a un B&B. Un pequeño estudio, funcional. Una empleada de limpieza polaca, joven, amable y obesa, que observaba pero no hablaba.

A la mañana siguiente la saludé en polaco. Se derritió.

Mi esposa llamó. No le hablé del espectáculo. Solo le dije que era un trabajo serio. Y yo siempre lo doy todo. El trabajo no es un juego.

Nunca dejes que el campesino sepa lo bueno que está el queso con las peras.

A las 2 de la madrugada, Paolo llamó a mi puerta. «Tenemos que irnos. Una entrega. Tiene que dar las instrucciones de su trabajo».

Nadie me había dicho cuál era mi trabajo.

Pocos kilómetros. Un hombre de setenta y dos años. Infarto. Había que vestirlo, limpiarlo, prepararlo para las fotos.

«¿Cómo lo afeitamos?», preguntaron.

«Usen una Gillette DESECHABLE». No tenían. Me enseñaron una maquinilla Gillette a la que llamaban *la azada*. ¿Dónde demonios estoy?

Estaban a punto de usar un jabón en barra para hacer la espuma. «¿Por qué no usan espuma de afeitar?»

«Usábamos PRORASO. Oferta exclusiva de 600 ml al precio del de 200 ml. Ahorramos dinero. Cuando se acabó, volvimos al jabón».

«Vayan a comprar una loción para después del afeitado de la SERIE EMULSIONI. Sin circulación, el alcohol no se adhiere a la piel. Esta sí».

Para la ropa, la familia había entregado el traje de la boda. Usado para los dos días más importantes en la vida de un hombre: el matrimonio y la muerte.

Filosofía popular por todas partes. La lógica queda sustituida por la necesidad. Por eso los verdaderos mánagers no se quedan en las oficinas — viven sobre el terreno, donde la realidad respira.

De vuelta, otra llamada. Otra casa. Un hombre de cuarenta años, cáncer.

«¿Cómo lo afeitamos?», preguntó el nuevo equipo.

«Vayan al mercado. Compren una MACH3 o una FUSION GILLETTE. Un hombre de su edad merece una comodidad sin plazos, vaya adonde vaya. Y consigan un gel de afeitar Gillette. Les enseñaré — un poco en la punta de los dedos y sube como crema batida».

Siguieron las instrucciones. Las familias quedaron contentas. Y me di cuenta: incluso después de dejar Gillette, seguía vendiendo sus

productos. No podía evitarlo. La madre siempre está conmigo.

AL DÍA SIGUIENTE

Cada día parecía una obra de teatro con actores distintos. A los vivos la muerte les parece estática — no lo es.

Una mujer vino a la oficina. Su anciana madre acababa de morir. Su petición me sorprendió, pero no me escandalizó.

La difunta tenía ochenta y tres años y un fuerte rebrote de vello en las piernas. Antes de cerrar el ataúd, quería que afeitaran a su madre.

Envié al equipo de mujeres. Estaban dispuestas a usar maquinillas de hombre para un ritual femenino — dos mundos que rara vez se encuentran y a menudo chocan.

Hasta los años 90, las mujeres usaban las hojas de sus maridos. Luego el mercado creó productos para mujeres. ¿Por qué no crear nuevos hábitos culturales?

Le dije a Vanessa que fuera a la tienda más cercana y comprara DESECHABLES AGILITÉ — las que vendíamos nosotros — o VENUS GILLETTE, además de la espuma SATIN CARE.

Todo se hizo a la perfección. Al cabo de siete días, la empresa había resuelto su mayor problema: la **información**.

El sábado por la tarde, los equipos hicieron fila para cobrar. Yo también estaba en la fila. Luego me salí, me marché y volví a casa con mi familia.

Les había dado a esas personas mis conocimientos. Y decidí que no había que cobrarlos. Cuando algo se hace por el bien, el dinero no tiene razón de existir.

Porque así soy yo.

Nando

MI PROPIO FUNERAL

Siempre había preferido saltarme los funerales. Recordando a las personas por lo que fueron, y no por cómo las embalaron y las despacharon, me sentía más digno. Pero esta vez no pude evitar asistir. Era *mi* funeral.

Seis pobres desgraciados cargaron el ataúd. Mi hija rechazó el clásico traje negro y, en su lugar, me vistió con ropa deportiva. «Vayas adonde vayas, tienes que estar cómodo», dijo. Zapatillas de tenis incluidas. Y mi teléfono, hábilmente colocado en una bolsita. Un kit de pícnic para el más allá.

El coche fúnebre era bastante cómodo, aunque el amortiguador trasero izquierdo necesitaba ayuda urgente. Con cada bache, el testículo izquierdo se me salía del calzoncillo. No había luz dentro del ataúd, así que no podía acomodarlo. Una brisa de aire fresco en la oscuridad de la eternidad.

En la entrada de la iglesia me colocaron sobre cuatro vigas de madera. Mi única preocupación: ¿me habían puesto bien, o me caería rodando como un saco de papas? Entonces recordé: ya estaba en el suelo de la vida, muerto.

El cura habló. Algunas verdades, muchas invenciones. Luego, el desfile de gente leyendo cosas sobre mí. Hasta que una anciana se acercó, besó el ataúd y preguntó: «¿Puedo besarlo antes de que lo metan dentro?»

Una amiga se levantó y dijo: «Mi marido siempre me pedía lo mismo antes de meterlo dentro. Un último beso». Ahahahah.

Fin de la ceremonia. Solo el conductor y yo partimos hacia el cementerio. La dirección estaba escrita directamente en el ataúd: *Cementerio de Condera, ala mortuoria, lote cuarenta y cinco, fase 23, segundo piso, primer nicho*. Imposible equivocarse. La humanidad había evolucionado: ya no había secciones de hombres o de mujeres. Solo muertos. Eficiente.

Me entregó, se despidió con la mano y se fue. Y pensé: *¿Y ahora qué hago?*

Dos señoras —muertas desde hacía algunos años— pasaron y me invitaron a una pausa para el café mientras el Consejo del Sindicato Funerario aprobaba las nuevas normas para los recién llegados.

Tenía curiosidad, pero estaba cansado. Un nuevo papel, un nuevo activo, algo que aprender para que el mundo pudiera decir una sola cosa:

Tenía curiosidad, pero estaba agotado. Llevaba menos de un día muerto y ya me estaban dando papeleo. Hasta la eternidad tenía procedimientos de incorporación.

Nando

ALDILA' STREET, NUEVA YORK

La noche antes de que todo ocurriera, cené algo pesado. Pimientos fritos con papas, un codillo de cerdo de un kilo, dos copas de vino tinto y —solo para cerrar con elegancia— un tazón de ensalada de alubias borlotti.

Era el 7 de mayo de 2058. Solo tenía noventa y tres años, pero no los aparentaba —es decir, no lo pregonaba—. Un calabrés como

Dios manda: reservado, no hermético. Esa era mi manera de ser. Ese era yo.

Ahahahah.

Entonces ocurrió: vi mi cuerpo todavía tendido en la cama, y yo estaba fuera de él, mirando. Caminé hacia el escritorio para encenderlo y escribir una historia —lo había hecho durante tanto tiempo que se había convertido en mi pasatiempo favorito—. Pero mis manos ya no mandaban sobre los elementos visibles.

Estaba muerto. Iba camino al más allá.

La primera pregunta que me hice no fue a quién encontraría, ni cómo llegaría. No. Lo único que tenía clavado en la mente era: **¿cómo reaccionaría ante mi partida la gente que me conocía?**

Ya podía imaginármelos.

«Ya era hora». —Los que siempre me habían soportado.

«Es uno de sus trucos». —Los pesimistas.

«Otra forma de narrar su vida». —La gente de WordPress.

Las IA no reaccionarían en absoluto.

¿Parientes y amigos? Ya habían cruzado esta frontera antes que yo. Yo solo los estaba alcanzando.

Una mano en mi hombro me indicó que alguien había venido a buscarme. Y empezamos a volar —o al menos eso fue lo que pensé —. Pero no como los pájaros, no como los aviones, no como nada que hayamos imaginado jamás. Ni alas de ángel, ni ascensión cinematográfica. Todo eso era solo el formato que nos habían vendido.

El tránsito fue muy distinto.

Me volví para mirar la mano en mi hombro, y ya estábamos en la casa nueva.

Mejor que FedEx entregando paquetes. Ahahahah.

Un hombre en la entrada hacía el registro de llegada, y yo tenía mi número para entrar.

Aquí la máquina de «tome su número» había sido abolida. Cualquier cosa que se pareciera a una fila representaba al diablo, y los únicos representantes permitidos eran los que habían hecho ese trabajo en vida. Nada más.

Llegó mi turno, y la frase de bienvenida fue:

«Oh, no, por fin conseguimos traerlo aquí. Doce veces, doce intentos. ¿Quién es usted?»

Nadie en particular. Solo alguien que no se espera.

Nando

SECUELA I

Bueno, había llegado a este lugar, conocido solo por los hijos de la viuda — al menos cuando estaba vivo. Pero ¿y ahora qué se suponía que iba a pasar? ¿Qué acontecimientos? Buscaba al CEO, pero no lograba encontrarlo.

Pasó una mujer, bien vestida, muy educada. No se detuvo. Dejó una nota doblada sobre la superficie más cercana y siguió caminando.

La abrí. Sala. Hora. La Sala Pionera, 11:00.

Sin mapa. Ya tenía las herramientas.

Solo el último período de mi vida — apenas 35 años — estaba bajo revisión. Tuve suerte. El resto de las estupideces que había hecho ya había prescrito. No tendría que justificar ni explicar nada.

No sé conducir, sin coche, sin caminar — pero me encontré dentro de la sala. ¿Y a quién me encuentro sentado alrededor de la mesa de juntas?

Apuesto a que nunca lo creerás, aunque lo intentes.

Soy yo, con 5 años. Y empecé a llorar — no de emoción, sino porque no lograba entender cómo había llegado, ni a qué edad.

Resonó una pregunta conocida:

«¿Recuerdas cuando te pregunté si estabas dispuesto a vivir hasta los 93?»

«Sí», respondí.

«¿Y después, cuando te pregunté si estabas preparado para sufrir viendo a tus seres queridos irse antes que tú?»

«Sí», respondí.

«Sigues siendo extremadamente coherente. Se lo dije al CEO, pero no me creyó. Y ahora no sabemos dónde asignarte alojamiento».

Dante escribió la Divina Comedia, pero no previó tu categoría. Ni siquiera Bezos lo logró con Amazon. Y Google estuvo caído casi 30 años.

«Lo entendemos perfectamente, pero danos tiempo. Te pedimos que te quedes en standby».

Standby. Pensé que era un término de marketing. Luego me pregunté si también era una postura del Kamasutra. Estábamos en el más allá, y yo todavía no había estudiado ese modismo.

Nando

SECUELA II

Aquí el tiempo funciona de otra manera. Me di cuenta cuando intenté contar cuánto llevaba esperando y descubrí que el número no dejaba de cambiar de dirección.

Luego, una voz — esta vez no la de ella. Solo una voz, desde ningún punto de la sala.

«Sala 2. 13:00».

No pregunté cómo llegar. Ya tenía las herramientas.

La comisión se había reunido para decidir qué hacer conmigo. Tras una larga sesión, dictaron el veredicto:

«Tiene el mandato oficial de crear la versión ETERNIDAD de ONEDOLLAR.STORIE. ALDILA.' Con una condición».

«¿Qué condición?»

«Antes de que publique, debemos leer las historias».

Ya había vivido algo parecido, pero este era el último lugar en el que quedarse. Y tenía que tomar una decisión con calma.

Así que pregunté: «¿Qué obtengo a cambio?»

«¿Qué quiere?»

«Solo 1 USD».

Nando

SECUELA III

En algún momento me pregunté por qué no tenía hambre, por qué no me duchaba, no me afeitaba ni hacía mi rutina matutina de siempre. Qué estúpido fui — enseguida se volvió obvio: no tenía cuerpo, así que ¿qué se suponía que debía mantener?

No se veía a nadie más. Pero es que todos eran simplemente reservados, y detrás de cada alma había una misión que no pregonaban.

Entonces habló el techo. O el suelo. Aquí la dirección es irrelevante.

«Frega».

Y respondí: «Disculpen, pero si el cuerpo ya no está, ¿cómo hicieron para conservar el apellido?»

La voz replicó, molesta: «Si ya no podemos clasificarlo, ni ubicarlo en ninguna parte, ¿quiere que borremos la única referencia que tenemos? ¿Y entonces cómo lo identificamos?»

«Está bien. Díganme qué puedo hacer por ustedes».

«Hemos recibido aviso de que en los próximos siete días terrenales llegarán aquí algunos de los multimillonarios más famosos».

«¿De visita?», pregunté.

«Aquí no hacemos Accionariado, ni Wall Street Eternidad. Solo alguna que otra oferta pública de adquisición, pero eso no le concierne. Vienen porque se les acabó el tiempo. Pero necesitamos su asesoría como supervisor funerario. Debe observar e informar de lo que la gente dice y piensa de ellos después de la muerte, y de cómo se comportan».

«¿Qué me ofrecen por esta operación?»

«Lo de siempre: 1 USD».

«Esta vez no».

«¿Qué quiere entonces?»

«Renacer pobre, como antes. Pero esta vez de verdad en Estados Unidos. Sin errores».

«¿Por qué?»

«Hay una cosa que extraño más que nada en la Tierra».

«¿Las mujeres?»

«No».

«¿Entonces qué?»

«El olor de las alcantarillas cuando sube el vapor. Eso es mi hogar. Ese es mi lugar».

Nando

SECUELA IV

Me entregaron la lista, y sinceramente me sorprendió que todos estos multimillonarios hubieran muerto juntos. ¿Cómo se suponía que iba a narrarlos uno por uno? Habría hecho falta estar dentro del Fondo Monetario Internacional, así que pedí una dispensa: un informe cada vez.

Y por motivos personales, empezaría por el tío Warren — había sido el dueño de mi Gillette, le debía esa cortesía.

Después pasaría a los demás. Pero lo que estás a punto de oír es peculiar, y enseña una sola cosa: no somos más que un contenedor

temporal, no un tiempo que contenga nada.

- **funeral de Jeff Bezos** → dinero, poder, legado, medios
- **funeral de Bill Gates** → tecnología, control, filantropía, inteligencia
- **funeral de Elon Musk** → culto a la personalidad, caos, fanáticos, Marte
- **funeral de Warren Buffett** → viejo capital, sucesión, silencio
- **funeral de Donald Trump** → espectáculo total, facciones, circo mediático

Disfruta la lectura.

Nando

SECUELA V

Funeral de Warren Buffett → viejo capital, sucesión, silencio

Se celebró a puerta cerrada. Esperaban solo a un puñado de personas — al fin y al cabo, con Berkshire no había sido más que el contenedor de unos pocos hombres con mucho dinero, y nunca había dirigido de verdad una empresa comercial, al menos no directamente.

Quienes inevitablemente llenaron la sala fueron periodistas y prensa, un par de colegas, dos amigos de verdad, parientes y la inevitable secretaria de toda la vida — aquella con la que nunca se acostó. Todos listos para atrapar una coma y convertirla en un

artículo, una nota, un acontecimiento dentro del acontecimiento. Por suerte, ninguno intentó escribir un libro.

El tío Warren, como siempre, se les había adelantado a todos. Y cuando hablaba, lo escuchaban — como se escucha a un abuelo que reúne a los nietos y les habla de los animales de la sabana con un detalle microscópico. Solo que su sabana era su oficina de Nebraska, y casi nadie lo sabía.

Alguien, susurrando sin mover los labios, le preguntó al de al lado si tenía sentido conservar esas acciones o venderlas — un instinto sin remedio. Y el consejo del maestro era siempre el mismo: si no estás dispuesto a ver cómo tu dinero pierde valor en el mercado, quédate en casa y guárdalo debajo de la cama. Perderá valor de todos modos, pero al menos siempre sabrás cuánto te queda.

Durante la homilía del sacerdote llegó una carta — de apenas unas horas antes — y él insistió en leerla personalmente:

Nunca te olvidaremos. Fuiste y sigues siendo el índice de nuestras vidas, y tus enseñanzas ya se han transmitido a las nuevas generaciones. Porque eres, y siempre serás, el hombre que dijo: si llueve afuera y quieres recoger agua, nunca salgas con un colador.

Adiós, tío.

Nando

Hecho por Gillette. Sigo siendo tu leal sobrino, tío Warren.

SECUELA VI

Funeral de Elon Musk — culto a la personalidad, caos, fanáticos, Marte

Esperaba más gente. En cambio, encontré a mánagers que parecían casi aliviados — como si Elon hubiera sido una comida difícil de digerir, un plato pesado que no dejaba de repetir. Un pobre hombre con demasiado dinero. Ese era el titular silencioso.

En las conversaciones en voz baja, el mismo estribillo: su madre — modelo, señora de la limpieza — y cómo el destino había coronado al Chico como el hombre más rico de la Tierra, y sin embargo nunca tuvo una mujer estable a quien dejárselo todo. Híbrido, como su empresa. Mitad genio, mitad error.

Los periodistas estaban allí, por supuesto. El circo mediático nunca se pierde un funeral con potencial de audiencia. El ritual era el de siempre — cámaras, murmullos, olor a flores mojadas.

Pero el sacerdote… el sacerdote fue el verdadero giro de guion.

Cuando habló de Elon, dijo: «Era un amigo leal. Una vez me ayudó a cambiar la batería de mi Tesla y me hizo un 2% de descuento. Gracias a aquel momento me hice sacerdote. Y por eso hoy estoy aquí con él».

No sabíamos si reír, llorar o llamar a un psiquiatra. Porque justo en ese momento irrumpió **Sam Altman** — ojos rojos, voz quebrada —, se arrojó sobre el ataúd y gritó:

«Hijo de puta. Me demandaste por 130 mil millones de dólares. Perdiste. Y ni siquiera me diste la satisfacción de leerte la sentencia».

Entre las coronas, destacaba uno: un único clavel enviado desde la Casa Blanca. Nadie descubrió nunca quién lo había enviado. O todos lo sabían y fingían no saberlo.

Su Twitter — convertido en X, convertido en enigma — era su firma. Lo marcó el día en que nació y el día en que se fue.

Nando

SECUELA VII

Funeral de Jeff Bezos → dinero, poder, legado, medios

Afirmo con absoluta serenidad que este fue el funeral que más me intrigó — no por el **dinero**, ni por el **poder**, ni por el **legado**, ni por los **medios** — sino porque la gestión centralizada nunca había permitido ninguna proyección hacia el número dos del imperio, un hombre que tenía agujeros financieros y fiscales repartidos por todo el mundo y que era vigilado por los gobiernos y tolerado solo por el elevado número de personas que empleaba en sus infraestructuras.

Pero esta falta de claridad se reflejaba también dentro de las cuentas — nunca seguras, nunca documentadas — daban referencias y cifras, pero nunca documentación probatoria.

Y así, en el frente editorial, había comenzado un pequeño éxodo literario hacia la independencia, que afirmaba *mejor pocos y seguros que muchos y dudosos*.

Pero la gente dentro de la iglesia estaba distraída, hablando de otros funerales de otras personas, y mi oído captó a un grupo de mujeres que decían: *«¿Se enteraron? También murió el escriba italiano — el que escribió AMERICA y hablaba las lenguas del*

mundo, los famosos 225 idiomas. El que todas queríamos porque daba sin pedir dinero a cambio».

Bueno, eso me impresionó. Era uno de esos **éxitos póstumos** que los humanos no suelen reconocer de inmediato y con efecto inmediato. Basta con que una mujer no te olvide — y entonces empieza el virus.

De Jeff, el sacerdote dijo: *«Los dos nos estábamos quedando calvos. Él por elección, yo también».*

Buen viaje.

Nando

SECUELA VIII

Funeral de Donald Trump → espectáculo total, facciones, circo mediático

El Grizzly americano — así solía llamarlo — logró, incluso muerto, seguir en el centro. Una criatura nacida para los focos, incapaz de hacerse a un lado, aun cuando el telón ya había caído.

Habíamos vivido años insólitos. Estiró Estados Unidos más allá de sus propias fronteras, convirtió cincuenta estados en cincuenta estados más doscientas siete ambiciones, y luego se replegó. Un raro acto de contención — o simplemente el destino deteniéndose a respirar.

Estuvo el capítulo venezolano, cuando Maduro cayó en una escena que parecía más cine que historia. Luego la breve fascinación por Groenlandia. Luego el océano Índico, como si siguiera una brújula privada que solo él sabía leer.

Siempre movía el horizonte un poco más allá, aunque nadie se lo pidiera.

Entre las coronas, destacaba uno — un único clavel. Sin nombre del remitente. O nadie lo sabía, o todos lo sabían y eligieron el silencio.

Su Twitter, convertido en X, convertido en enigma, era su verdadera firma. Lo marcó el día en que entró en la sala, y otra vez el día en que se fue.

Adiós, señor presidente.

Nando

SECUELA IX

Funeral de Bill Gates → tecnología, control, filantropía, inteligencia

Las fortunas en la vida no se construyen — se **aceptan** y luego se **gestionan** con el agarre justo. Bill era exactamente eso: una oportunidad bien aprovechada, una manera de ser que se convierte en estilo, en clase, en algo que sencillamente no se puede olvidar.

Nunca olvidaré la primera vez que me lo encontré fuera del campus. Yo no sabía quién era, chocó conmigo sin querer y, como era joven y estúpido, estuve a punto de pegarle. Pero él — previsor, atento, un hombre de virtud y de mente aguda — me miró y dijo: *«Chico, paga dos cervezas, que no tengo dinero»*. Así que saqué veinte dólares, y la chica tomó la foto.

Qué **hijo de puta** — para descubrir solo años después quién era.

Entrar en su funeral me golpeó como si entrara en una reunión familiar, solo que yo no formaba parte de su herencia, y nunca había tenido ninguna ambición al respecto. La gente no dejaba de susurrar quién era, qué era, y detrás de aquel aire suyo tranquilo y comedido había un hombre cuya generosidad iba mucho más allá de lo visible.

Durante la homilía, el sacerdote dijo: *«Gracias a él hemos digitalizado la iglesia, y ahora las confesiones se graban en secreto y se envían directamente al Papa»*. Un tímido murmullo recorrió a los asistentes — hasta que añadió que bromeaba: *«No van a Roma. Van directamente a la CIA»*.

Los periodistas se mostraban inusualmente corteses. Muchos habían trabajado para él, y todos pedían silencio una y otra vez, porque dentro de aquel tiempo suspendido **el ataúd de Bill hablaba**.

Adiós, amigo mío.

Nando

NUEVA YORK — EPÍLOGO

Al final, todo se cierra así: sin fanfarria, sin aplausos, sin nadie que te acompañe hasta la puerta. Solo tú, tu nombre escrito en alguna parte y un pasillo que se niega a terminar.

Saber lo que la gente dice cuando mueres es un privilegio que nadie debería tener. Arruina la idea romántica del final. Te enseña que la verdad siempre llega tarde, cuando ya no sirve.

Caminé entre los ataúdes como un empleado del más allá, con la tarea de redactar un informe que nadie leerá jamás. Y cuando por fin llegó la decisión sobre mí, no dudé: **elegí volver como**

mujer. Las más fuertes, las más agudas, las más estratégicas. Dejan que el mundo las llame débiles solo para ver quién cae en la trampa.

Luego me preguntaron dónde quería renacer. No los dejé terminar: **Estados Unidos.** Cualquier estado, cualquier ciudad. Solo quería una garantía: que esta vez el envío lo gestionaran profesionales, y que en la entrega pidieran una firma.

Así sabré que llegué de verdad. Al lugar donde viviré, y donde volveré a morir. Con la misma calma, la misma ironía, el mismo paso corto de siempre.

Fin.

Nando

NOTA

«Teníamos una cosa en común — y no pienses tontamente que era el dinero. Todos estábamos muertos, pero solo los que contaron la historia nunca serían olvidados».

Ferdinando Frega